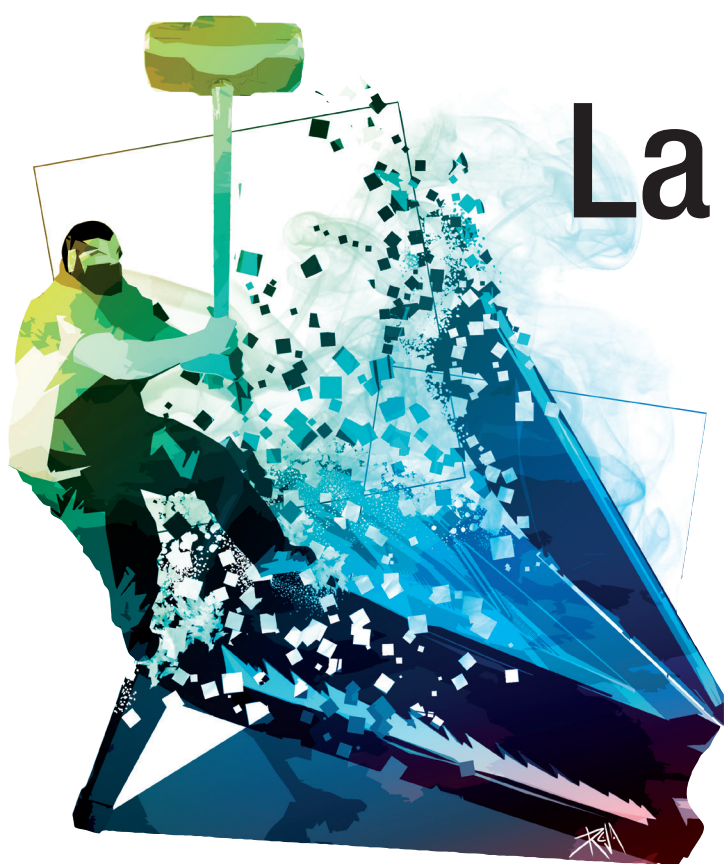


A stylized, high-contrast portrait of a man's face, rendered in black, white, and gray. The image uses a low-poly, geometric style, with the background composed of various shades of gray triangles and polygons. The man's features, including his eyes, nose, and mouth, are defined by sharp, angular shapes. The overall effect is one of fragmentation and intensity.

La frontera:

VIOLENCIA

que calla



La frontera: violencia que calla

MARUJA DAGNINO

Paramilitares nacionales tomaron el Ateneo y le sacaron el bronce a un piano a martillazos para venderlo en Colombia. Por su cercanía con el país vecino, San Antonio del Táchira aspiró algún día a convertirse en un poder económico, pero en cambio es un degredo que comparte con Colombia la vocación por el contrabando, el lavado de dinero, la extorsión, entre otras maldiciones.

Enero del 2020.- Hace un año los colectivos tomaron el Ateneo Fronterizo Marcos Ramírez Murzi, partieron el piano Yamaha a martillazos para sacarle el bronce y venderlo en Colombia. Un año antes el hampa había robado los instrumentos, vestuarios sillas, mesas, equipos y cualquier cosa que pudiera venderse. No quedó nada de lo que durante más de 20 años y con mucho esfuerzo los artistas, intelectuales y personas que tenían algún grado de influencia habían logrado con los gobiernos de turno. Después de tanto solo faltaba terminar el auditorio. “Las trompetas las aplastaron con martillos y vendieron el metal”.

Desde que lo tomaron los colectivos, lo que iba a ser un centro cultural binacional se convirtió en una pensión y un estacionamiento para personas de paso por la frontera. El escritor y presidente del ateneo, Armando Garnica, relata con horror que los colectivos vendieron en Cúcuta parte de los seis mil libros que los poetas Marcos Ramírez Murzi y Teo Camargo donaron a la biblioteca. “Y con los otros hicieron una fogata”.

Unos tipos tomando un ateneo a la fuerza, quemando libros y martillando un piano para vender los pedazos como chatarra es tal vez la peor metáfora de una sociedad que agoniza en manos de la barbarie.

“En la frontera no hay estado de derecho. Esto está tomado por los irregulares, la guerrilla, los colectivos y la policía, que está actuando también fuera de la ley, pero de noche es cuando se ve el contrabando de alimentos, de gasolina, de armas. De personas. Mejor dicho, se sabe, pero no se ve, porque no hay luz”, precisa.

“La noche es el momento más peligroso porque salen todos los que tienen armas. Nosotros cerramos la puerta, en general evitamos salir a la calle, y en la noche más todavía. La noche aquí es solitaria, es un pueblo fantasma. Cuando ya todos han pasado la frontera, esto queda totalmente solo y oscuro. La carrera 5 y la avenida Venezuela son las zonas críticas. De día gente que llega y gente que se va. Y de noche es el contrabando”.

“Cuando viene agua por las tuberías es amarilla y con larvas. De solo mirarla se sienten náuseas. Si se hierve, le sale una nata por encima”. A veces, porque escasea el agua embotellada, hay que usar el pozo que está cerca de la trocha, y esa agua no es apta para el consumo humano. Pero allí llenan sus tanques los camiones cisternas. Mil litros cuestan 12 mil pesos. Tres mil litros 25 o 30 mil pesos”. Y todo por un agua que no es de beber.

“Los que vivimos en la frontera queremos ser ciudadanos de frontera, no residentes de frontera, para que la Constitución y las leyes nos amparen -dice Garnica. Entendemos que la frontera no debería ser un problema para los que estamos aquí, sino una oportunidad de desarrollo integral, social económico, cultural, educativo. Pero el problema fronterizo se ha venido agudizando porque no

hay una política de Estado. No de gobierno, sino de Estado. En el Ateneo teníamos la idea de desarrollar una gran alianza cultural. Con un aforo de 750 personas, cuántos artistas, intelectuales, escritores, músicos hubiésemos podido traer...”.

Camino a la frontera

El paisaje que circunda al aeropuerto de La Fría, enorme y rural, con infraestructuras abandonadas y una vegetación que va de oliva casi negro al luminoso amarillo, es tierra de nadie. O más bien de algunos vivos que tienen armas largas. Eso es lo que relata Marcel, el taxista, cuando te recibe en el aeropuerto.

A la vera del camino hacia San Cristóbal se ven pequeñas trojas con una o dos botellas de gasolina de un litro. La compran los contrabandistas que regresan con el tanque casi vacío luego de haber vendido la suya por la trocha de Guarumito, a pocos metros de La Fría, replica Marcel. Algunos se quedan accidentados antes de llegar de nuevo a la bomba donde pagan comisión en pesos para que les sirvan rapidito. Mientras tanto, él tiene que ingeniárselas para poner la gasolina de la cual depende su trabajo.

No solo los funcionarios de la GNB son acusados de participar en el desvío de la gasolina. También se señala a miembros del Ejército, a grupos irregulares como los colectivos y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Aparecidos y desaparecidos

Son cerca de las 10:30 de la mañana del día martes. En la bajada de San Cristóbal hacia San Antonio, el punto más importante de paso hacia Colombia, una patrulla del SEBIN avanza a toda velocidad. Una vez en San Antonio estaciona a la entrada del puente Simón Bolívar, se escucha una balacera y todos en la calle huyen en estampida entre gritos y silbatos.

Ana, que nació en San Antonio, dice que “los enfrentamientos suelen ocurrir entre Paracos, el ELN y los colectivos. A veces hay heridos, muertos, o desaparecen y a los tres días aparecen muertos en el río, pero no hay quien los reclame. Justo hace un mes encontraron unos cadáveres en el río Torbes, en el paso de Ureña, pero ninguna institución los fue a reclamar. Allí se quedaron por días, apestando. Discapacitados, ancianos, niños, mujeres embarazadas, se tiran al suelo y caen unos encima de otros. Hay gente que sale herida, con fracturas, golpes, y los guardias nacionales lo ven todo con total indiferencia”.

En cualquier lugar de San Antonio se forma un tiroteo. Una noche pasaron los colectivos marcando esquinas, casas de algunos líderes, sobornando, amedrentando y echando tiros al aire. A mí, que estaba en el frente de mi casa, me cayó una esquirla”.

A eso de las 11 de la mañana comienza a llegar una multitud por la avenida Venezuela hacia el puente Libertador, que conecta a los dos países y, antes de llegar, buhoneros ofrecen -a todo pulmón, como si fuera lícito- pasar a los viajeros por la trocha.

Otro mal avenida negocio callejero es el alquiler de sillas de ruedas destartadas, manejadas por unos carretilleros. Dice Ana que a una señora mayor la llevaban a toda velocidad y cuando llegó al otro lado estaba muerta. “Muchas veces les ponen encima los bultos y van sentados en la silla sin poder ver, ni respirar. El estrés, la contaminación, el riesgo de muerte son muy altos. A mí me ha tocado correr y tirarme al piso. Sea arriba o abajo el tiroteo, hay que tirarse al piso”, dice Ana.

La mayoría de los negocios son ilegales. Comida rápida, cigarros, dulces, chucherías. “Mi hijo de 11 años se murió de hepatitis por comerse un perro caliente en la calle”, lamenta una señora que vive cerca de la avenida Venezuela.

La honestidad no paga

Debajo del puente, a la orilla del río, del lado de La Parada, después de pasar la venta de chatarra, viven familias venezolanas en ranchos de zinc. Duermen sobre las pimpinas de gasolina que venden a 12 mil pesos metidas debajo de la cama, sobre la cual los niños sueñan quién sabe con qué, muy cerca de la cocinilla. Y la gasolina ahí. Son venezolanos que viven de cualquier cosa. Son humanos, pero no lo parecen. Son delincuentes aquí y allá. Sobrevivientes del mal. Supervivientes de un sistema en el que no se puede vivir honradamente.

“Los que cobran de 12 a 20 mil pesos por pasar a alguien por la trocha en realidad trabajan para grupos delictivos y no se pueden hacer responsables por la vida de nadie. La comisión que deben pagar a los que dominan el territorio es alta. Ellos se levantan por la mañana y en la tarde cuentan para ver cuánto hicieron con la carretilla, para comer”. Un joven que trabaja en una terminal de autobuses lo cuenta así, tal cual.

Un helado en San Antonio vale 1.500 pesos, un refresco 2.000. Un kilo de plátano 2.000. En San Antonio y en San Cristóbal nadie paga en bolívares. Hasta en las bodegas exigen pesos. Todo, incluso el transporte. Los bolívares no circulan. Los cánones de arrendamiento se tasan en dólares. Los colegios están cobrando en pesos. Los impuestos los están cobrando en pesos. Si vas con una tarjeta de débito sabes que eso no te va a alcanzar para nada. Hay que llevar varias tarjetas -y pesos.

Todos callan

Para llegar a La Parada no hace falta el pasaporte. Con el carnet fronterizo es suficiente para ir y venir. Una vez del otro lado todo es diferente, pero igual. El murmullo es abrumador. Y caminar entre la multitud es una carrera de obstáculos en cámara lenta.

Se calcula que 1,6 millones de venezolanos se encuentran en territorio colombiano, y muchos permanecen en la frontera, donde llevan una vida de carencias, ejerciendo trabajos informales en un clima de hostilidad, donde reina también la ilegalidad. Otros viven en Venezuela y trabajan en La Parada, donde para ser trochero o carruchero tampoco se necesita permiso de trabajo. Van y vienen, son un péndulo humano carreando su propia miseria de un lado a otro.

La gente en la frontera se siente caminar sobre vidrios. Un trochero se callaba cuando se le hacían preguntas sobre el negocio. “Nos están mirando, no te puedo decir porque me están vigilando y a ti también”. Hablar es pecado. Hay ojos y oídos omnipresentes. Si alguien saca el teléfono para tomar una foto, un funcionario llega y lo amenaza. Los que se arriesgan a responder preguntas lo hacen entre dientes. Todos desconfían de todos. Nadie habla. Nadie mira. Nadie ve nada. Hablar con los pasajeros de una línea de autobuses es un riesgo. Son empresas que llevan a la gente sin papeles hasta Ecuador.

“Muchos van a Colombia, venden todo que tienen y los roban, los extorsionan y pierden todo”, dice un venezolano que trabaja en una de esas empresas de transporte. Pasó dos años viviendo en San Cristóbal y trabajando en La Parada, hasta que logró llevarse a su esposa para Cúcuta. “Yo, si en el día hago 10 pasajeros, son 50 mil pesos que me gano. Uno agarra plata y si la sabe administrar le va bien. Trabajando aquí me compré una moto y me la robaron en San Cristóbal, por eso me vine. Yo me quiero ir es para Miami, pero no tengo visa y me tendría que ir por México. Mi

tío me está dando la oportunidad, pero tendría que irme ya. Si no, pierdo la oportunidad, porque es un dinero que él puede utilizar para su familia. Mi esposa se quedaría aquí, porque imagínate todo ese trajín en México. Si a la gente aquí le da miedo pasar la trocha, que son tres minutos, cómo será allá”.

En el centro de atención de refugiados está Amarelis sentada con su hija en las piernas. Llegó hasta Colombia desde Aragua con su bebé de dos años, que sufre de microcefalia. En Venezuela no hay recursos para atender la salud de su hija. Suele dormir en la calle con su hijita y a veces se consigue con alguna muchacha, conversan un rato y le da un ladito, o se consigue con algún grupo que también vive en la calle, y se arriman unos con otros para darse calor.

Tenía ocho meses en La Parada y no se atrevía a ir porque temía que la deportaran. “No sabía cómo trataban a los venezolanos. Pero de ayer para acá me ha ido bien. Me dijeron que me pueden prestar la ayuda en un refugio para hacerle los exámenes a mi hija, las rehabilitaciones, las resonancias. Antes que regresar a Venezuela prefiero quedarme aquí, conseguir un trabajo después de que mi hija se mejore y logre caminar, para surgir en la vida”, dice, y no le falta razón.

Al final, la vida en la frontera es un tango continuado con la muerte. No importa el camino que tomes, siempre será, literalmente una apuesta. Todos los días llegan pacientes oncológicos, personas con VIH sin retrovirales, requerimientos de asistencia médica especializada, pero el gobierno de Colombia solo tiene cobertura para atender a personas que, si no reciben atención en la última media hora, morirán.



Paramilitares nacionales tomaron el Ateneo y le sacaron el bronce a un piano a martillazos para venderlo en Colombia. Por su cercanía con el país vecino, San Antonio del Táchira aspiró algún día a convertirse en un poder económico, pero en cambio es un degredo que comparte con Colombia la vocación por el contrabando, el lavado de dinero, la extorsión, entre otras maldiciones.